

# Las desigualdades sociales en España

**España** es uno de los países más desigualitarios de Europa. Lo ha sido históricamente y vuelve a serlo. Las desigualdades sociales han estado en el origen de grandes fracturas, tensiones y conflictos: tanto cuando España era una sociedad agraria caracterizada por la dualidad entre latifundismo y minifundismo, y por unas condiciones de vida miserables de los campesinos pobres y los jornaleros, así como cuando empezó a ser una sociedad industrial incipiente durante los años de la Primera Guerra Mundial. En este período se mantuvieron salarios de miseria en un contexto de enorme carestía de precios, con gobiernos de derechas duros e insensibles socialmente, que conformaron un cóctel explosivo. De forma que en España se anticiparon y exacerbaron algunas de las dualidades confrontadoras y los conflictos que condujeron a la Segunda Guerra Mundial.

*La exacerbación de las desigualdades y de las carencias puede conducir a una crisis social profunda y a un fracaso sistémico del modelo económico establecido.*

Actualmente, estamos asistiendo a una importante deriva desigualitaria en el mundo, acompañada de graves carencias y de una concentración desmedida de la riqueza en pocas manos. Los datos del PNUD, la OIT, la FAO, y los libros de Milanovic, de Sitglitz, de Amartya Sen, etc., aportan numerosas evidencias empíricas y analíticas sobre esta deriva, que no es solo fruto de la crisis –aunque esta la exacerba–, sino que tiene su origen en la naturaleza del actual sistema económico, y especialmente en la quiebra del pacto social keynesiano que se produjo de la mano de la contra-revolución neo-conservadora que se desencadenó a partir de 1972.

Los datos objetivos son que actualmente tienden a aumentar las desigualdades de renta, mientras persiste la pobreza en el mundo (pese a los avances

económicos de India y China) y aumenta el número de hambrientos (870 millones en 2012, después de algunos reajustes estadísticos); lo cual augura un incumplimiento de los compromisos del milenio que habían fijado una cifra de hambrientos de 420 millones en 2015.

Las tendencias a medio y largo plazo indican que en el siglo XIX las diferencias económicas se multiplicaron por tres veces y media y en el siglo XX por siete (el doble), mientras que los primeros años del siglo XXI perfilan una auténtica “década horrorosa” en lo que a desigualdades económicas se refiere, sin olvidar otras dimensiones culturales y políticas de la desigualdad (de género, de etnia, raza, procedencia, etc.)

De esta forma, si persiste la tendencia histórica apuntada (con prácticamente el único período de signo contrario entre 1946 y 1972 en algunos países) es evidente que nuestras sociedades pueden estar encaminándose a un punto crítico. Por eso no es exagerado afirmar que tal evolución de las desigualdades y de las carencias implica un fracaso sistémico evidente del modelo económico actualmente establecido.

En España se están agudizando las desigualdades económicas y socio-laborales de manera grave, acompañadas de una acentuación y mayor explicitación de determinadas situaciones carenciales.

La tasa de pobreza en España llegó a casi el 22% en 2011, siendo una de las más altas de Europa, al tiempo que el Índice de Gini se situó en 0,34 (en los niveles de los años 70-80). De igual forma, según datos de Eurostat y del INE, en España se registran también las mayores diferencias entre las rentas del 10% superior y el 10% menor (y aumentando).

En este número de TEMAS se analizan diferentes dimensiones de la desigualdad en España: la personal, la territorial, la sectorial, la funcional, la generacional (con una curva generacional de desigualdad que afecta en mayor grado a los más jóvenes y los más viejos), la de género y la de oportunidades (en educación, salud, acceso a la Justicia, etc.).

La dinámica actual de las desigualdades tiene su origen y su causa en un modelo específico de sociedad y en el seguimiento de determinados criterios económicos, con efectos que ahora se ven agravados por la crisis y por las políticas regresivas que se están siguiendo. Así, en estos momentos, están incidiendo diferentes elementos en el agravamiento de las desigualdades: los recortes sociales, la fiscalidad regresiva, el aumento de las necesidades y de las vivencias de situaciones límite de muchas personas y familias, así como la cifra insostenible de parados, sobre todo jóvenes, hasta el punto que actualmente el 46% de parados tienen menos de 35 años.

Mientras esto ocurre, aumentan los privilegios y las riquezas de unos pocos. Lo cual está siendo percibido por la mayoría de la población como un agravio insostenible. En este contexto, es importante entender que las desigualdades no son el estado natural de la sociedad y de las personas, sino el resultado de determinadas estructuraciones, regulaciones y medidas políticas que son fruto de las decisiones de quienes gobiernan.

## *Cuanto menos Estado se tenga y menos capacidad correctora con recursos públicos, mayor será el grado de desigualdad al que se llegará.*

La impugnación del pacto social posterior a la Segunda Guerra Mundial tiende a retrotraer a nuestras sociedades a las condiciones y situaciones anteriores, que surgen de la manera asimétrica y desequilibradora de entender las relaciones económicas, laborales y sociales, y cuyos resultados requieren de un papel activo, equilibrador y protector del Estado, sobre todo para los sectores más débiles de la sociedad.

Consecuentemente, hay que tener claro que cuanto menos Estado se tenga más desigualdad habrá. De ahí que la aminoración de lo público tenga efectos explosivos, ya que, con determinadas políticas se está creando desigualdad, pobreza y exclusión social a gran escala y posiblemente sin límites.

En definitiva, en países como España tenemos un problema muy grave de desigualdad social, al que se está prestando escasa atención en la agenda política y en las investigaciones que se realizan.

A partir de esta situación, en la opinión pública española se detectan tres apreciaciones críticas. Por un lado, cada vez más personas piensan que España es un país con muchas desigualdades y con tendencia a que las nuevas generaciones vivan cada vez peor. Por otro lado, se considera que estamos ante un gran poder de los Bancos y de la oligarquía del dinero. Y, en tercer lugar, estas dos apreciaciones y la falta de un debate de altura sobre tales problemas está generando una peligrosa frustración democrática.

Este número de TEMAS pretende contribuir a potenciar la atención a estas cuestiones, aportando un amplio dossier informativo y analítico sobre la situación de la desigualdad en España, en diferentes aspectos.

A partir de los datos que aquí se recogen, y de la comprensión de que la exacerbación de las desigualdades puede llevarnos a una auténtica crisis de sociedad, resulta necesario y urgente situar esta problemática en el *centro de la agenda política*. Sobre todo por parte de los partidos que nacieron con el propósito de intentar corregir las desigualdades sociales. Si esto no se hace, o no se logra, el riesgo que se corre es que se interprete lo que ocurre como un fracaso de tales partidos. Por lo tanto, partidos centrales, como el PSOE, tienen que recuperar la pasión por la lucha por la igualdad, con la conciencia de que si no se hace —o se hace de manera tibia y desganada—, otros partidos y organizaciones tomarán el relevo en dicho propósito.

Una cuestión básica que debe plantearse, tal como están las cosas, es si son viables y funcionales sociedades cada vez más desiguales y desvertebradas. ¿Dónde están los límites a la absorción de las tendencias desigualitarias por una sociedad que sea realmente sana, equilibrada y dinámica?

La evolución de los hechos demuestra que los riesgos de la desigualdad y de las fracturas sociales no están siendo superados ni controlados en nuestros países y que la explosión de las desigualdades nos puede enfrentar a problemas sustantivos. Por eso, es necesario recordar las disfunciones y problemas que generan las desigualdades.

La primera disfunción es la humana (la carencial), en la medida que produce sufrimientos personales y agravios comparativos injustificables. La segunda es la conceptual, debido a que el actual modelo de "sociedad dividida" impugna la idea de una sociedad de iguales (como principio racional-lógico y civili-

zador). El tercer gran problema es el económico, ya que las desigualdades son disfuncionales para los equilibrios económicos y para el mantenimiento de un consumo consistente, amplio y solvente. Las desigualdades han sido una de las causas de la actual crisis y es evidente que con más desigualdades no saldremos de la crisis, sino que nos hundiremos en ella en mayor grado. Incluso se podría considerar una hipótesis extrema: si cada vez hay más parados y más empleados precarios y con menos salarios, tales circunstancias tendrían –tienen– un efecto acumulativo cada vez más negativo sobre el consumo estable y estándar, mientras que la concentración de la riqueza en pocas manos fomentaría –fomenta– un consumo ostentoso, selectivo, hiper-caro y escasamente generador de otros empleos. Por esta vía, al final se podría llegar a una entropía económica autolimitativa que colapsara el sistema. Es necesario, pues, volver Keynes. Si no por ideología, o por ética, al menos por lógica y sentido práctico, por puro realismo.

*Los partidos que surgieron para corregir las desigualdades sociales tienen que recuperar la pasión en la lucha por la igualdad.*

En cuarto lugar, hay que tener en cuenta también las disfunciones sociales-sociológicas, ya que una sociedad desigual genera fracturas, tensiones y conflictos que producen malestares, desmoralizaciones, disfunciones económicas y sobrecostes empresariales de integración y tensión añadidos. Y problemas lógicos de confianza interna e internacional, en la medida que por esta vía se agudiza la crisis de confianza. En sociedades como la nuestra, cada vez más personas quedan marginadas, excluidas y crónicamente desempleadas o precarizadas, sin apenas perspectivas de futuro. ¿Qué va a ser de todas estas personas, incluso si se remonta la crisis? ¿Se resignarán pasiva y dócilmente a quedar fuera *sine die*? ¿Qué efectos tendrá todo esto sobre el conjunto de la sociedad?

En quinto lugar, es preciso también considerar las disfunciones y problemas políticos, ya que la exacerbación de las desigualdades genera polarización, oligarquización política, regresiones democráticas de facto y mala imagen de la política (corrupción, codicia sin límites, desprestigio, falta de confianza y



de interés, etc.). Sobre todo, la desigualdad produce una asimetría de poder sustantiva: tiende a sustituir el criterio de “un hombre, un voto” por la realidad fáctica de un euro, un voto, muchos euros, muchos votos, o mucha influencia condicionante. Es decir, las desigualdades extremas impugnan el principio de simetría de poder que es propio de las democracias modernas. Por ello, dinámicas desigualitarias como las que ahora se están registrando pueden tener efectos corrosivos generales sobre todo el entramado social y político, siendo lo más parecido en el plano social a un cáncer acompañado por múltiples metástasis.

En definitiva, la desigualdad tiene un precio, unos costes, e implica una grave irracionalidad y una afrenta moral y política. Y, en caso de una evolución extrema, puede conducir a una crisis social, de civilización y de pensamiento (porque lo que está ocurriendo no se puede justificar teóricamente). Y, sobre todo, porque repugna a cualquier sentido de humanismo, de equidad y de buena funcionalidad social. **TEMAS**